

PERCEPCION Y REALIDAD EXTERIOR *

Gustavo Saco

En torno a la relación gnoseológica entre el mundo de los sentidos y el mundo físico son varios los problemas que se plantean cuyo origen se remonta a la antigüedad clásica y que continúan preocupando, en la época actual. De estos problemas hay cuatro fundamentales. El primero es si existe o no una realidad física o material exterior; el segundo, si todas las propiedades del espacio, del movimiento y del tiempo son subjetivas o no; el tercero si las cualidades propiamente sensoriales, propias de cada órgano, se dan independientemente de los respectivos órganos sensoriales; y el cuarto, si las cualidades sensoriales dependen o no de los nervios o de la zona respectiva del cerebro que es afectada en cada una de las sensaciones. Ahora bien, de las respuestas que se den a estas cuatro cuestiones se desprenden otras dos cuestiones, si todo el psiquismo humano se reduce en un comienzo a los procesos sensoriales hasta llegar a las altas actividades cerebrales las cuales a su vez han tenido su origen remoto en la formación sensorial por acción de los estímulos físicos exteriores, o si hay una actividad psíquica que no puede reducirse a ningún proceso físico o fisiológico. Para acercarse a dar una respuesta a estas seis cuestiones, es de gran importancia resolver el problema de la percepción y la realidad pues se extiende desde la existencia o no de un mundo material, hasta la cuestión de si hay o no un psiquismo que trasciende lo material. Si bien la sensación pura se encuentra en especies animales que carecen de reconocimiento y afectividad, estas dos manifestaciones del psiquismo se encuentran muy rudimentariamente en las especies animales más evolucionadas y en el hombre aparece una amplia gama de reconocimiento, de afectividad, así como de pensamiento con ocasión de una sensación propiamente. A la sensación pura que se le añade otras manifestaciones del psíquico, comúnmente se le denomina "percepción". De aquí que haya especies animales con sensación sin percepción y otras con sensación y una rudimentaria percepción, en tanto que en el hombre, por lo general, la sensación va acompañada por una amplia percepción, salvo en algunas ocasiones en las cuales el hombre mismo tiene exclusivamente sensaciones. Entonces, la sensación no implica necesariamente la percepción en tanto que toda percepción implica la sensación. En el hombre puede haber sensación sin percepción en los comienzos de la vida humana. Tratemos las dos primeras cuestiones, excluyendo lo concerniente al tiempo.

* Esta ponencia fue leída el 1o. de julio de 1987, y discutida el 15 de julio de 1987.

I.- ¿ Existe o no una realidad física o material exterior ?

La creencia espontánea de la humanidad acerca de la realidad del mundo exterior parecería una prueba definitiva y suficiente; sin embargo, se argumenta que el hombre solamente tiene conocimiento de su propia subjetividad, y que entonces tan solo puede dar fe de esta última. Por este camino se escamotea la cuestión porque, queda sin explicar esa misma creencia. ¿De dónde surge, entonces, la creencia en la realidad del mundo exterior?. Efectivamente, todo tiene su causa y los procesos psíquicos no surgen de la nada y es, más bien, esta existencia exterior la que causa su creencia. Nada surge de la nada, pues todo tiene su explicación, así como la creencia del mundo exterior que comparte toda la humanidad. Hay un proceso psicológico universal en toda la humanidad y que expresa una relación causal, un objeto exterior que incide sobre un proceso psíquico para suscitar la creencia en ese mundo exterior. No obstante, no es suficiente explicar la creencia de toda la humanidad, sino también la de algunos filósofos que no creen en el mundo exterior. En esta situación se halla el hombre de ciencia que después de haber enunciado una ley, tiene que explicar, además, las excepciones, esto es, la causa que las ha hecho, precisamente, excepciones. De igual modo, en este asunto, la no creencia de algunos filósofos, en la existencia de un mundo exterior. Metódicamente, estudiemos primeramente el principio de la creencia en un mundo exterior, para luego analizar las excepciones de la no creencia.

Es precisamente a través de las sensaciones y percepciones que se llega a la convicción de la existencia del mundo exterior. En primer lugar, las sensaciones y percepciones son las que ponen en contacto con objetos y otras personas y de uno mismo en lo referente al aspecto corporal, y si no fuera así, no tendríamos conocimiento alguno de los objetos físicos, de los seres orgánicos, ni del hombre mismo, por lo cual el aporte que dan es sumamente importante y decisivo en el conocimiento. ¿Qué sería de nuestro conocimiento si careciésemos de sensaciones y percepciones? No tendríamos ningún dato sobre la existencia de los objetos físicos. Además, aun cuando se arguya que las cualidades sensoriales no pertenecen a los objetos mismos, es indiscutible que esa cualidad sensorial se debe a los estímulos que el objeto físico suscita en los órganos de los sentidos. La sensación y la percepción constituyen pues una muy importante fuente de conocimiento, al ponernos en contacto con los procesos materiales del mundo exterior. Es completamente justificado concluir acerca de la gran importancia que tienen para llegar a la noción de la existencia. Sin ellas caeríamos en el abismo de la no existencia. Si

la sensación y la percepción permiten al hombre llegar al concepto de la existencia, como este concepto es fundamental, es falso que todo lo que recogemos por su intermedio sea engañoso e ilusorio. La sensación misma permite captar la existencia del mundo exterior, lo cual es de gran trascendencia para el conocimiento del mundo físico y del propio cuerpo del mismo hombre. Si imaginamos a un ser humano desprovisto de sensaciones tanto externas como internas del propio cuerpo nunca llegaríamos a suponer la existencia del mundo físico. La razón humana es completamente inoperante para llegar por sí misma a concluir de que existe un mundo físico, ni sobre la existencia de cosa alguna. Sería imposible el inicio de todo conocimiento y un ser así tendría solamente vida vegetativa. Respecto del conocimiento del mundo físico y de la existencia en general tenemos que darle un gran crédito a los sentidos. Por otro lado, si bien los sentidos posibilitan inferir la existencia del mundo exterior, proporcionan el trascendental aporte de situar al hombre delante de la existencia de las cosas. Sin ellas el mismo filósofo se hallaría imposibilitado de tratar del problema fundamental de la existencia y del ser en general. Por otro lado, si bien los sentidos sitúan al hombre delante de la existencia, con ellos mismos únicamente es obvio que no se puede llegar al concepto de existencia, para lo cual se requiere imprescindiblemente la intervención de la razón. No es entonces sobre la existencia del mundo físico que los sentidos son engañosos y solamente puede considerarse sí lo son sobre algunas características de ese mundo físico.

Por otro lado, si bien es imposible llegar a la idea de existencia sin la sensación y la percepción, esto no implica que solamente las sensaciones humanas sean válidas, pues hay muchas especies animales que sienten lo que el hombre no puede sentir, y que, sin embargo, existen. Aún más, entre los hombres mismos hay cualidades sensibles que no todos perciben. El que no sean sentidas por los hombres, o sentidas y percibidas por otros hombres, no implica de que no existan. Por lo cual no es justificado llegar a la conclusión de que solamente existe lo que se siente y percibe. Pero, el hombre en tanto no sienta o perciba, no acepta definitivamente muchas realidades del mundo exterior, por lo cual por medio de sus instrumentos busca detectar de algún modo perceptible, lo que anteriormente no lograba percibir. Si no lo logra, deja en suspenso su aceptación de esa realidad supuestamente exterior. Tienen entonces una gran trascendencia para la aceptación de la realidad exterior, el que de algún modo, directo o indirecto, sea sentido y percibido. Por otro lado hay propiedades del mundo físico que afectan al hombre sin que sean sentidas de inmediato y que sólo posteriormente son sentidas, por lo cual se no puede negar su existencia en tanto que no sean sentidas. Incluso los niños, a los pocos días de su nacimiento, tienen sensaciones tan rudimentarias que sería muy erróneo reducir el mundo exterior a sus sensaciones. Incluso los

hombres de unas culturas no tienen las mismas sensaciones que en otras culturas, por lo cual no se puede reducir la realidad a lo que se siente. Pues bien, si todo lo que se siente no es la realidad, en cambio, parte de lo que se percibe sí puede serlo, porque en la percepción pueden haber intervenido las capacidades intelectuales del individuo que lo van acercando a esa realidad, en tanto que en las especies animales que solamente poseen sensaciones, la realidad es únicamente lo sentido, así como para el niño a los pocos días de su nacimiento. En los seres animales y en el niño de pocos días su realidad es lo sentido en tanto que en el hombre su realidad es lo percibido; pero la realidad no se reduce a lo sentido o percibido. Aún más, los procesos oníricos y las alucinaciones poseen algunas características de lo sentido y de lo percibido y sin embargo, no son ni lo uno ni lo otro. Por todo lo anterior, no se puede reducir la realidad a lo sentido y percibido, pero tanto lo uno como lo otro son fundamentales para llegar a la realidad misma.

La sensación pone en contacto con la realidad; la percepción con su aporte mnemónico, afectivo, imaginativo, de atención y de pensamiento, que brotan espontáneamente en el hombre ante la presencia de un estímulo sensorial lo que permite constatar otras cualidades de su mismo estímulo sensorial; sin embargo, no son todavía suficientes, aunque si son indispensables, para que la impresión sensible se convierta en la realidad del objeto, como ser independiente del pensamiento y del hombre mismo, como una realidad física o material en sí misma. Es evidente que el conocimiento de la realidad lo hace el hombre a través de su percepción y pensamiento, por lo cual todo objeto es para él tanto percibido como pensado. ¿Cómo puede el hombre, entonces, salir de su propia percepción y pensamiento para verificar que hay un objeto físico o material independiente de sí mismo? Ahora bien, así como la sensación nos pone en contacto con la realidad exterior, tanto la sensación como la percepción acercan al hombre a la realidad exterior, pero no agotan esa realidad, pues son únicamente un primer avance para acercarse a esa realidad. Si con frecuencia ejercita tanto la una como la otra va avanzando, no solamente en cuanto al conocimiento de las propiedades de esa realidad, sino en cuanto a su certeza sobre su existencia. Si algo ha pasado una sola vez ante uno de los sentidos, queda una tremenda duda, no solamente sobre sus propiedades, sino también sobre su existencia, por lo cual se insiste en tratar de percibir nuevamente ese objeto. A un párvulo con insuficiente posibilidad de retener lo percibido, si se le presenta algo por una sola vez, dejará de ser realidad para él, pero si se le presenta frecuentemente se familiariza y lo reconocerá nuevamente. La certeza de la realidad está en función de la frecuencia de la percepción. En los adultos, la certeza de los objetos que nos rodean y la naturalidad con que los observamos es porque innumerables veces los hemos tenido en la percepción. Si un niño nace sin la capa-

cidad de ver u oír, se encuentra muy limitado para darse cuenta de la existencia de las cosas. La realidad exterior está pues en relación con la posibilidad de que algo sea sentido y percibido y con la frecuencia de tales fenómenos lo cual acerca asintóticamente a la realidad del objeto, pero sin agotarlo. La realidad exterior no es pues lo sentido y percibido sino que estos fenómenos son un primer e importante contacto que de por sí es inagotable. Y es innagotable porque el mundo exterior es infinito para el hombre, el cual, debido a que es un ser natural y biológico tiene sus sentidos adecuados a una necesidad vital.

El hombre, con su capacidad de pensar, ahonda más en el conocimiento de la realidad exterior. Este pensamiento es originalmente la capacidad de relacionar, como acontece cada vez que se piensa y se dice que un objeto está al lado de otro, o se formula el juicio S es P. Esta posibilidad de relacionar se debe a que la realidad exterior esta relacionada en el espacio, o en el tiempo, o en la conexión que hay entre las cosas. El hombre ha llegado a un gran desarrollo en su capacidad de relacionar, pero tiene sus antecedentes muy remotos en los animales superiores, como en el chimpancé que toma un objeto para alcanzar una fruta. El acto de relacionar revela entonces la realidad exterior y, en sus orígenes la necesidad vital de los organismos vivos, los cuales han ido adaptando su posibilidad a lo que la realidad misma es. Pero la relación ya no es propiamente sensación, sino enlace entre una sensación y otra. Es evidente, de otro lado, que el animal no piensa, puesto que está dominado por su propia percepción y no puede separarse de ella, a diferencia de lo que acontece en el hombre. Pero haciendo hincapié en que el hombre ha comenzado a pensar por la existencia de esa realidad exterior y que no es el caso que la realidad exterior existe porque ha pensado. A medida que el hombre establece con más frecuencia las relaciones que se dan en la realidad exterior, se va afianzando en él su convicción de que esa es la verdadera relación, de que esa relación es la verdadera existente y de, ese modo, su pensar sobre las relaciones de la realidad exterior va constatándolas cada vez con mayor claridad. Pero como estas relaciones entre los múltiples objetos son también inagotables, se va acercando a la realidad cada vez por su propio pensar, sin llegar del todo a establecer la relación definitiva. Por lo cual, la realidad exterior no es lo que piensa, sino lo que piensa lo va acercando a la realidad. Lo mismo le acontece en cuanto a su propio cuerpo. Como el pensar acerca tanto más a la realidad exterior, cuanto más se piense sobre ella, el pensar no es el ser sino que lo acerca en la medida que es frecuente su pensar sobre el ser.

A la realidad exterior no se llega solamente por las sensaciones, percepciones o por pensar en las relaciones que se establecen entre ellas, pues

si así fuera, la vida mental del hombre no sería sino una sucesión de imágenes. Esta sucesión es un primer e importante acontecer para llegar a la noción de la realidad exterior, pero es completamente insuficiente, pues si bien la claridad de las sensaciones y la relación que capta entre ellas acerca al hombre a esa realidad exterior, no rebasaría a las mismas imágenes. Esto es lo que muy probablemente acontece en el psiquismo de las especies animales más evolucionadas, lo cual es muy manifiesto en ellas. Aún más, en estas especies, como en el caso del chimpancé que alcanza una fruta con otro objeto o del perro que juega con su amo, hay algo de presentir o quizás mejor, un post sentir de la causa. En cambio, el hombre lo analiza y reflexiona este post sentir hasta convertirlo en noción de causa. A esta noción se comienza a llegar primeramente por la propia acción humana, pues al intervenir sobre otros cuerpos, con la ayuda del propio cuerpo humano, se comprueba como esos otros cuerpos se modifican y se va comprendiendo que se establece una acción causal, convicción que se afianza en el hombre desde su niñez. A la relación física del hombre sobre la realidad exterior, a la cual ha ido acercándose por sus sensaciones, percepciones, pensamientos y por las relaciones entre las percepciones, que lo van acercando cada vez más a la realidad exterior, resultan todavía insuficientes, debe añadirse la acción que va despertando en él la noción de causa. La acción del hombre sobre la realidad exterior, su acción física, que le permite descubrir una primera conexión causal, afianza aún más su aceptación de la existencia de una realidad física exterior y, en la medida que más actúe sobre esa realidad, y de la frecuencia con que actúe sobre ella, al afianzar su convicción de la conexión causal, incrementará en su pensamiento la convicción en la existencia de la realidad exterior. Si esta conexión causal no se da en la realidad física exterior, se elimina una supuesta realidad en la cual se hubiese pensado, como se eliminan ciertas conexiones causales mágicas de la curandería o ciertas creencias mágicas infantiles. Sin embargo, esto no significa que lo causado tiene realidad exterior por el hecho de presentarse como causado, sino porque a medida que se conoce más profundamente la realidad exterior se comprueba que todo lo físico o material es causado físicamente y que si no lo es, no tiene existencia.

II.- ¿ Las cualidades espaciales y de movimiento propias de cada órgano sensorial son o no cualidades del mundo físico independientemente del órgano sensorial ?

Al parecer los órganos sensoriales no producen las cualidades sensibles de los objetos del mundo físico sin alteraciones. Como nos muestra el conocido ejemplo de que los colores no son propios de los objetos exteriores

y que son solamente una cualidad subjetiva y de igual modo acontece con los otros sentidos. De aquí se concluye que los hombres sólo conocen lo que sus propios sentidos les proporcionan y que los atributos conocidos no pertenecen al objeto sino al sujeto mismo. El hombre no puede transpasar sus propias sensaciones, el mundo de sus propias sensaciones y las cualidades sensibles que parecían pertenecer a la realidad física exterior no son propias de esa realidad. No hay ninguna posibilidad de transpasar las cualidades sensoriales, puesto que son subjetivas y no de los objetos. Por este camino algunos se deslizan hacia el idealismo subjetivo.

Ahora bien, aun cuando se arguya que las cualidades sensoriales no pertenecen a los objetos exteriores, es indiscutible que esas cualidades sensoriales se deben a los estímulos que el objeto físico suscita en los órganos sensoriales del hombre. Si bien el color, el sonido, las cualidades táctiles, las propiedades olfativas y gustativas pueden ser cualidades que no se dan en el objeto mismo, sin embargo, provienen respectivamente de procesos en el mundo físico exterior y que consiste en ondas electromagnéticas, en vibraciones del objeto y de las capas atmosféricas, o en propiedades mecánicas y químicas. Estas propiedades de los objetos físicos contribuyen decisivamente a las sensaciones. Por otro lado, al variar las cualidades sensoriales de los colores, por ejemplo, se puede conocer que han cambiado las propiedades físicas de los objetos mismos y, en estos casos de las propiedades electromagnéticas, o las propiedades vibratorias, mecánicas y químicas. Por lo tanto las cualidades sensoriales permiten inferir conclusiones acerca de las propiedades y cambios de los objetos mismos. Los sentidos no son pues del todo ilusorios sino que, más bien, revelan las propiedades del mundo físico exterior. No se puede desdeñar el aporte que dan para el conocimiento de este mundo exterior. Algo semejante acontece con las sensaciones internas provenientes del propio organismo, como las sensaciones de calor, de frío, o de bienestar o malestar fisiológico, pues estas sensaciones revelan cambios en las oscilaciones de los átomos en el frío o calor, o cambios en el propio cuerpo en el bienestar o malestar internos.

Hemos constatado que las propiedades sensoriales están correlacionadas con las propiedades del mundo físico exterior, lo cual permite desprenderse de la tesis de que todo lo que proporcionan los órganos sensoriales es ilusorio. Es cierto que hay físicos y filósofos que argumentan que todo lo que proporcionan los sentidos es no existente en la realidad exterior. Como los órganos sensoriales muestran cualidades sensibles, como características espaciales, se niega también en la realidad exterior tanto las cualidades sensibles como la existencia misma del espacio. Veamos pues qué puede concluirse después de examinar lo que acontece con las sensaciones.

Si comenzamos con las sensaciones táctiles, éstas ponen a los organismos vivos ante la presencia de la realidad exterior de la materia y esto en la escala de todas las especies animales. El tacto, más que cualquier otra sensación, permite al hombre constatar que hay un mundo material; en tanto que todas las especies animales requieren de ese mundo material para sobrevivir y la naturaleza las ha dotado del tacto, no obstante que en algunas especies no tienen propiamente la sensación del tacto y solamente el contacto con el mundo material. El tacto es solamente un contacto que ha llegado a la sensibilidad. El primer contacto que los seres vivos animales han establecido con la naturaleza es la reacción ante los estímulos provenientes de ese mundo material, reacción que se da no solamente en las especies animales propiamente, sino inclusive en los micro-organismos. Los reflejos o reacciones indican que la materia existe par a los organismos vivos, aun cuando carezcan de sensaciones, por lo cual la sensación no es condición para la existencia de la realidad exterior material. De este reflejo inicial se ha desarrollado el sentido del tacto. Por otro lado, también las sensaciones táctiles permiten captar las propiedades espaciales, pues, por ejemplo, las cualidades de rugosa o lisa revelan la forma como la materia está distribuída en el espacio. El sentido del tacto permite entonces captar algunas propiedades de las formas en el espacio. En las sensaciones táctiles también hay coincidencia entre la extensión de la piel afectada, así como en lo referente al contorno espacial de esos objetos físicos. Además, por el tacto se aprecia si un cuerpo está en movimiento, como cuando se desliza por la superficie de la piel. El tacto es esencialmente un órgano para captar la existencia de la materia exterior, así como la extensión, la forma y al movimiento de esa materia. El tacto no capta propiamente la cualidad sensible y, más bien, capta la cualidad extensible. Del tacto no se puede decir que capta una cualidad ilusoria del mundo exterior, pues capta con mucho acierto las cualidades del espacio exterior, que son muy importantes para la subsistencia del organismo. El tacto está pues constituido para captar exclusivamente la cualidad extensible, propia de la realidad exterior. En el tacto no hay, pues, subjetividad. Ahora bien, es evidente que el sentido del tacto capta solamente algunas de las propiedades de la distribución de la materia en el espacio y que son las que se presentan en la superficie de la materia; pero muchas otras no son sentidas, como los finos contornos que no son sentidos, ni el movimiento molecular ni la atracción entre las mismas moléculas. Si en el interior de la materia hubieran propiedades que no son captadas por el tacto, sería un falso planteamiento, afirmar que como no se captan tales características profundas de la materia, la sensación es ilusoria. Solamente es dable sostener que las cualidades íntimas de la materia no son captadas por el tacto, pero de ningún modo que lo que se capta por el tacto es ilusorio.

Las sensaciones visuales permiten captar también las formas y el movimiento de los objetos, así como el tamaño de los mismos. Estas son también propiedades del mundo material que son proporcionadas por los órganos de la vista y como se han gestado originalmente para una adaptación biológica de los seres vivos al mundo material, le han permitido desenvolverse, orientándose en ese mundo material. Como el mundo vital requiere de una materia masiva para que el organismo vivo se desenvuelva, la vista se halla circunscrita a esa materia y a los espacios circundantes. Esto implica que el hombre no pueda percibir el espacio, sin materia. La vista al igual que el tacto permite captar la presencia de la materia, así como las formas, los movimientos y la extensión del mundo material por lo cual los órganos visuales no son ilusorios respecto de esos aspectos de la realidad exterior. Es imposible biológicamente ver el espacio vacío de materia y cuando se ve el espacio, en verdad lo que se ve son dos o más masas materiales situadas una al lado de otra, cercana o lejanamente. Es imposible ver el espacio puro, porque la vida no hubiese sido posible en esas condiciones. El espacio que aparentemente se ve, es la presencia en los órganos visuales del estímulo físico. Por este motivo, un objeto a la distancia no es percibido en sus verdaderas dimensiones ni formas. Hay verdaderamente, una primera ilusión de la percepción visual; esta ilusión puede ser superada por otra percepción, lo que acontece cuando el objeto se aproxima. Es decir, que una percepción ilusoria es corregida por otra percepción. De modo que la percepción visual no es ilusoria por el hecho de ser percepción, puesto que otra percepción puede corregirla. Con mayor éxito se puede contrarrestar la ilusión de tamaño y forma, cuando se utiliza un instrumento de medición, el cual también es percibido.

Esto es, la percepción no es ilusoria por el hecho de ser percepción. Otra de las características que capta el órgano sensorial visual es el movimiento de los cuerpos, con lo cual conoce una realidad exterior que corresponde a una propiedad verdadera del mundo material, a saber, ser materia en movimiento, por lo cual tampoco es una ilusión sensorial. Las características de forma, extensión y movimiento son realidades exteriores en cuyo conocimiento participan todos los órganos sensoriales, cosa que difícilmente apoya la tesis de que los sentidos son ilusorios al percibir estas cualidades espaciales y de movimiento. La participación de todos los órganos sensoriales en percibir esas propiedades de la realidad exterior, tiene que reforzar la convicción de que pertenecen a un mundo exterior constituido por una materia que posee en realidad propiedades de extensión, forma y movimiento. La teoría de la relatividad ha demostrado que en el mundo físico no hay materia sin espacio y que son dos propiedades indisolubles. Por lo cual, si se percibe el espacio es porque hay necesariamente una materia, o inversamente, donde hay materia hay espacio, por cuanto el espacio es inexistente sin la ma-

teria. Si en la percepción se capta la materia conformada espacialmente es porque así es la realidad exterior, esto es, unidad de materia y espacio. Por lo demás, si se percibe un espacio vacío entre un cuerpo y otro, no es porque propiamente hay un vacío sino materia, no como masa, sino como energía imperceptible por no ser de necesidad vital para los organismos vivos. La única energía de necesidad vital es la energía luminosa, que permite orientar a los seres vivos que requieren de luminosidad para ambientarse y recoger energía para su subsistencia.

El movimiento de los objetos es captado por el tacto al deslizarse el objeto sobre la piel, por el oído en el aumento o disminución de la sensación auditiva, e incluso por el órgano del gusto y del olfato, de modo menos perceptible en estos dos últimos. La percepción del movimiento corresponde a una realidad exterior por cuanto la materia es siempre materia en movimiento. No es en ningún engaño de los sentidos, es más bien una realidad exterior que en las sensaciones se manifiesta como un cambio en la intensidad de los estímulos físicos, así como por la frecuencia en que es estimulado el órgano sensorial. Es consecuente con los órganos sensoriales el que la intensidad del estímulo sea señal de movimiento, puesto que al acercarse o alejarse el estímulo físico, está en mayor relación y contacto con la masa del objeto, o inversamente. Por otro lado, en lo referente a la frecuencia del estímulo físico, esta frecuencia es captada intermitentemente por el órgano sensorial, puesto que no son percibidos los estímulos con la frecuencia que debieran serlo, si captaron los movimientos diminutos que sucesivamente ha de tener el objeto físico en su movimiento. El hecho es que si el objeto se desplaza muy lentamente o con demasiada velocidad para que él órgano sensorial pueda registrar y elaborar el estímulo, el movimiento no es percibido, como acontece con la visión. Se requiere de una mínima y de una máxima velocidad del objeto, para que esa velocidad sea percibida. Esto se debe a que la adaptación del ser vivo está conformada a las necesidades de la supervivencia de su especie. Por otro lado, biológicamente tampoco es necesario captar los diminutos movimientos, ni es posible que se capte, pues el órgano sensorial no elabora instantáneamente el estímulo exterior. En este aspecto, la percepción del movimiento es verdadera, responde a una realidad exterior. Es cierto que la percepción del movimiento es discontinua; pero, ¿no enseña la teoría cuántica que la realidad física es discontinua? En todo caso, la percepción del movimiento responde a una realidad exterior y no es, entonces, ilusoria.

Los órganos sensoriales captan dos características de la realidad, esto es, las correspondientes, por un lado, al espacio, al movimiento y al tiempo; por otro lado, las cualidades del color, del sonido, del gusto y del olfato.

Las primeras son fundamentalmente distintas de las segundas. Además, las cualidades de espacio, movimiento y tiempo son captadas por todos los órganos sensoriales, en tanto que las de color, de sonido, del gusto y del olfato, son solamente captadas por el órgano sensorial correspondiente. En cuanto al tacto, éste capta únicamente las propiedades del espacio, del movimiento y aún del tiempo y no una cualidad equivalente y específica como la de los otros cuatro órganos sensoriales. Como se ha considerado anteriormente, el tacto también capta la masa material y, de modo semejante, esta masa material también es percibida por los órganos de la vista. El órgano del gusto también percibe, de modo rudimentario y toseco, esa masa material quizás como ampliación de la sensibilidad del tacto y específicamente de la piel. De modo que la captación de la masa material es fundamentalmente llevada a cabo por el tacto y por la vista. La percepción de la masa material no es subjetiva, pues revela una genuina realidad exterior.

En la percepción de la realidad exterior, captada por los órganos sensoriales, se encuentran las características del mundo material, del espacio, movimiento y tiempo, igualmente, las características del color, sonido, gustativas, olfativas, de frío y calor, de dolor y placer físicos. Es muy importante precisar esta distinción y denominar a las primeras-entre las cuales está las cualidades táctiles, por las explicaciones dadas anteriormente -, cualidades materiales, extensas, cinéticas y temporales; y a las segundas, cualidades sensitivas. Precisar esta diferente denominación es conveniente, puesto que es más probable llegar a la objetividad de que las primeras pertenezcan al mundo material, independiente del sujeto percipiente, en tanto que las segundas parecen corresponder a la subjetividad, no solamente del hombre, sino de las diversas especies animales. Si no se resalta esta distinción, uno se inclina conceptualmente a suponer que todas las cualidades percibidas por los órganos sensoriales son subjetivas, lo cual es falso.

Desde los comienzos de la meditación humana sobre el mundo exterior se comenzaron a plantear estos problemas, como aconteció en la antigua India y China, pero sin sistematización, en tanto que es solamente a partir de la cultura helénica que estos problemas fueron abordados sistemáticamente, lo cual fue también la preocupación de los pensadores de la Edad Media. A partir del siglo XVII, se comenzó su estudio basado en la observación científica y es prácticamente en el último decenio del siglo XVIII que se inicia la aplicación de la experimentación científica que continúa profusamente en el presente. Los filósofos continúan hasta el presente tratando sobre la percepción y muchas veces intercambiando sus planteamientos con lo aportado por la investigación científica.

La percepción de la realidad exterior requiere de tres condiciones: Obviamente de que exista una realidad exterior; y un ser percipiente que posea órganos sensoriales y, que de algún modo reproduzca esa realidad exterior; de un ser que posea entendimiento y razón que analice y concluya sobre esa realidad y que llegue a formarse la convicción sobre la existencia de esa realidad exterior. Estas tres posibilidades están estrechamente ligadas entre sí porque si no existiera la realidad exterior, las otras dos serían del todo inexplicables, en tanto que la tercera posibilidad por sí sola no explica a las dos anteriores. Efectivamente, hay una realidad exterior sin que haya seres percipientes ni pensantes; pero no hay seres percipientes ni pensantes donde no haya esa realidad exterior. Entonces, hay que partir de la existencia de esa realidad exterior y considerar cómo se explica la aparición de un ser percipiente y de un ser pensante sobre esa realidad. Después habría que considerar en qué queda la explicación inversa.



SOCIEDAD PERUANA DE FILOSOFÍA